

El amor despojado

Alberto Toutin ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 149 – 1 de diciembre 2020



Imagen de San Francisco delante de su Basílica en Asís

Queridos hermanos:

Un fraternal saludo desde nuestra comunidad de Roma. Entramos en este tiempo de adviento en que reavivamos nuestra esperanza, por la celebración de navidad y por la oración vigilante junto a la Iglesia y a la humanidad, decimos “¡Ven Señor Jesús!”.

Necesitamos la luz de la esperanza en nuestros ojos para mirarnos unos a otros, para cuidar la vida de las personas que se nos han confiado, para aventurarnos por los caminos, sinuosos y complejos, de la paz y de la justicia.

Esa luz nos viene dada en un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre (Lc 2,12), como dicen los ángeles a los pastores, en un hombre de Nazaret, aldea perdida de quien pocos esperaban que viniese algo bueno (cf. Jn 1,46), en un hombre que no retuvo ávidamente como una posesión su condición divina, sino que se vació a sí mismo, tomando la forma humana y la condición de siervo (cf. Flp 2,5-10). En su última comida, hace un gesto en que hace y dice lo que ha sido el vector de su vida, “amar hasta el final”, a “fondo perdido” y les pide a sus discípulos que descubran la plenitud que allí yace, haciéndose unos a otros servidores, como él. Despojarse, no para ser menos, sino para hacer siempre un espacio

mayor a los demás, y así ser más. Asumir la condición de siervo, no para desaparecer, sino para que todo el que lo busque, lo encuentre, siempre pronto y disponible, al encuentro.

Este camino de Jesús, es, a la vez, tan fascinantemente simple como exigente. Nos consuela saber que en el corazón de Jesús hay siempre un espacio de acogida y de perdón para cada uno de nosotros, para la toda la humanidad, para la creación que anhela por su liberación. Y exigente, pues, sabemos por experiencia que tenazmente nuestro yo vuelve a ocupar el centro y a dejar poco espacio o muy selectivo a los demás.

“Desnudo seguir al Cristo desnudo”

Esta expresión que viene de san Jerónimo en su comentario de la parábola de **Lázaro y el hombre rico** (Lc 16,19.31) se hace carne en la vida de **Francisco de Asís**. Al contemplar a su Señor y amado Jesús, no puede sino seguirlo en su condición de servidor y pobre. En varios momentos de su vida, Francisco actualiza esta honda percepción del evangelio. Inmediatamente se nos viene a la mente, cuando se despoja de sus vestidos, al desnudarse delante del palacio del obispo **Guido**. Este despojo, le permite romper con las seguridades de su patrimonio y de los vínculos de su familia sanguínea y fundar su existencia en Dios su Padre, que está en el cielo y abrirse a una fraternidad que abraza a todos y al todo, al hacerse cercano a los pobres, con los que vive y a los que sirve. Pero ello no fue una performance ocasional, sino que era la expresión de ese trabajo secreto que hace Dios en los que se dejan moldear por Él. Otros momentos de despojarse de sí mismo lo habían precedido. Francisco que quería brillar como guerrero, cae prisionero por año y medio y vuelve derrotado a casa. Insiste más tarde intentando unirse a las tropas de los cruzados para defender la Tierra Santa y cae enfermo. Sin este despojarse de sus propios proyectos, asumiendo y digiriendo sus “fracasos”, Francisco no habría sido el hombre libre, fraterno, alegre que fue y que nos sigue interpelando.

“El amor desarmado”

En una hermosa oración que compuso el patriarca de Constantinopla, **Atenágoras** (1886-1972) comparte los frutos que ha recogido en su larga batalla, sobre todo consigo mismo, para desarmarse de todas las defensas que lo mantienen triste y pobremente encerrado en sí mismo, para despojarse de sí, hacer más espacio a los otros y ser más con ellos, como un hombre de paz.

“Hay que hacer la guerra más dura, que es la guerra contra uno mismo. Hay que llegar a desarmarse. Yo he hecho esta guerra durante muchos años. Ha sido terrible. Pero ahora estoy desarmado. Ya no tengo miedo a nada, ya que el Amor destruye el temor. Estoy desarmado de la voluntad de tener razón, de justificarme descalificando a los demás. No estoy en guardia, celosamente crispado sobre mis riquezas. Acojo y comparto. No me aferro a mis ideas ni a mis proyectos. Si me presentan otros mejores, o ni siquiera mejores sino buenos, los acepto sin pesar. He renunciado a hacer comparaciones. Lo que es bueno, verdadero, real, para mí siempre es lo mejor. Por eso ya no tengo miedo. Cuando ya no se tiene nada, ya no se tiene temor. Si nos desarmamos, si nos desposeemos, si nos abrimos al hombre-Dios que hace nuevas todas las cosas, nos da un tiempo nuevo en el que todo es posible. ¡Es la Paz!”.

Contando con Jesús hermano y con los hermanos

A los pies de **Jesús**, nuestro señor y hermano, en la adoración o en la contemplación del pesebre, podemos con simplicidad conversar con Jesús y abrirle nuestro corazón contándole lo que están fácilmente "dentro" y los que "dejo fuera", los que quiero "cerca" y los que mantengo "lejos". Podemos también pedir a los hermanos con los que vivo, o a las personas con las que trabajo, que nos ayuden a ver si hay en nosotros espacio para los otros, que nos cuestionen, que nos digan con cariño y franqueza cómo nos han visto en este tiempo. El provincial de Chile, antes de la visita canónica que está haciendo en estos días, invita los hermanos de la provincia a hacer este ejercicio simple de fraternidad: ¿No lo podríamos hacer también nosotros, antes de navidad?

También como gobierno general durante unos días que pasamos en Asís pudimos compartir desde lo que cada uno de nosotros está viviendo, el impacto de este año en nosotros y en nuestro servicio. Nada más que abrir, sin miedo y confianza, lo que llevamos en el corazón - nuestras inquietudes, preguntas, miedos, alegrías y penas-, nos ha hecho querernos más en lo que somos de verdad y sabernos acompañados unos por otros. Creo que somos ahora más, porque aceptamos ser despojados de nosotros mismos y así dejamos que los hermanos entren en mi casa.

El mes recién pasado, el 4 de noviembre falleció en Alemania el hermano **Heinz Klapsing** (1938-2020). Un hermano discreto, tímido, recto en su obrar y en su decir, sobrio y equilibrado en sus juicios y atento a los hermanos. Entre los testimonios que recogían el paso de Heinz por la vida de los hermanos, uno de ellos decía, no solo de su cuarto sino de su corazón "en él siempre había un lugar para mí". ¡Qué elogio simple y hermoso del que se ha despojado para hacer espacio a los demás!

Que en este tiempo de adviento y de navidad, y de celebración del nacimiento de nuestra congregación, hagamos más espacio a Jesús, como lo hizo **María** por la escucha de su Palabra y por la acogida del Verbo en sus entrañas. Y que ojalá todos los hermanos con los que vivimos se sientan en casa, en la comunidad y en cada uno de nosotros. Allí el Verbo hecho carne, prójimo, hermano, viene, golpea a nuestra puerta, y si alguno oye su voz y le abre, entrará una vez más en nuestra casa y cenará con nosotros (cf. Ap 3,11).

Fraternalmente,

Alberto Toutin ssc
Superior General